

LECCIÓN 1.^a LA ESPERANZA EN EL MAS ALLÁ

1. ¿Hacia dónde caminamos?

«Todos caminan hacia una misma meta: todos han salido del polvo y todos vuelven al polvo.»

«.¿Quién sabe si el aliento de vida de los humanos asciende hacia arriba y si el aliento de vida de la bestia desciende hacia abajo, a la tierra?»

Estas citas no son de ningún pagano de la antigüedad, ni tampoco de algún materialista contemporáneo. Forman parte del texto bíblico y corresponden a Eclesiastés 3:20, 21.¹ El «Eclesiastés» (hebreo: qohelet —literalmente; el predicador o persona que dirige la palabra al pueblo congregado—) interpela con estas palabras a cuantos fundamentaban sobre sus propias intuiciones, o sobre sus sistemas filosóficos y religiosos, su creencia en la inmortalidad del _ alma. Ese «¿quién sabe...?» es la pregunta que lanza a las gentes imbuidas de mentalidad helénica, es decir, de la moda intelectual prevaleciente en su época.

Las cuestiones que plantea el Eclesiastés ponen de manifiesto el realismo bíblico y son un mentís rotundo a la falsa idea que muchas gentes tienen del cristianismo y de la Revelación divina. Para estas personas, tener fe equivaldría a vivir de ilusiones. Como se pregunta A. Marsillach en un libro ya famoso: «¿No será que el hombre no se atreve a afrontar su propia realidad y se inventa maravillosos cuentos de hadas para consolarse?»² El Evangelio sería uno más de los cuentos de hadas; una «alienación» —para usar la terminología hodierna—; la proyección de nuestros deseos.

Sin embargo, maravilla la sobriedad de los escritores bíblicos. Las Escrituras hebreocristianas no presentan ningún sistema de cosmología definido, ni tampoco desarrollan teoría alguna sobre la «inmortalidad del alma» a la manera griega. Y ello pese a que la tentación de plagiar las cosmogonías caldeas y egipcias era incitante, así como lo era el influjo del platonismo en la época de los últimos escritos canónicos.

2. La esperanza del individuo

La prudencia y la resistencia de los escritores sagrados a formular «sistemas» se insertan en el talante mismo de la Revelación bíblica. Israel está a la escucha de la Palabra de Dios y no quiere ir más allá de lo que le es revelado. Dios va adoctrinando gradualmente a su pueblo y contesta cada pregunta en su momento y en la medida en que lo cree necesario. De ahí que los autores bíblicos no formulen hipótesis; se hallan a la expectativa (cf. Sal. 123: 1, 2; Heb. 1:1; 1.^a Ped. 1:10. 11) para ver si hay «palabra de Yahveh».

Y la revelación sobre el más allá y la suerte eterna va desvelándose paulatinamente, alcanzando, como es lógico, su culminación cuando también las culturas en general, y las de los pueblos vecinos en particular, se interrogaban sobre la misma cuestión. Esto ocurre a partir del siglo V antes de Cristo, y en el primer siglo de nuestra era.

Como ha escrito Robert MartínAchard, «en el Antiguo Testamento, la fe en el retorno de los difuntos a la vida se apoya en última instancia sobre (o revelación de Yaveh a su pueblo; gracias a que el Dios de Israel se manifestó como un Dios poderoso, equitativo y bondadoso... afirmaron el retorno de los difuntos a la vida... El Antiguo Testamento fundamenta la certeza de la resurrección en Dios y sólo en Dios; la única garantía del retorno de los difuntos a la luz, al final de los tiempos, es el poder soberano y creador del Dios de Israel. Dios es el Dios vivo y no puede ser el Dios de los muertos. Sólo a partir de la realidad de Dios se puede establecer la realidad de la resurrección (J. Schniewínd)».³

La prudencia, la sobriedad y la discreción de los escritores bíblicos se explican por la conciencia que siempre tuvo Israel de que su fe era don de Dios (no sólo en cuanto que la fe es una actitud subjetiva, sino también en cuanto que se basa en un contenido objetivo), y así esperó, y no dijo más de lo que se le había dicho. En la Biblia tenemos únicamente la respuesta de Dios, respuesta anhelada;esperada, pero siempre respetada. Y. así, la

Revelación bíblica es verdaderamente Palabra de Dios. No se trata de las palabras de unos hombres que nos hablan de Dios, sino de la Revelación del Dios vivo, comunicada a los hombres mediante la instrumentalidad (por supuesto, dinámica y personal) de otros hombres. La fe bíblica es, pues, básicamente Revelación, es decir, mucho más que Religión, máxime cuando ésta se entiende como reflexiones humanas en torno al problema de Dios, y del hombre en su relación con la Divinidad.

De ahí que el Eclesiastés formule sus preguntas inquietantes, con vistas a despertar la humildad intelectual de sus oyentes: «¿Quién sabe...?»

La cuestión que planteó el Eclesiastés a sus contemporáneos sigue siendo relevante para nosotros hoy, en este último cuarto del siglo xx. Hoy, como entonces, ¿quién se considerará un entendido ante tan pavoroso misterio?

3. La afirmación cristiana

Las respuestas bíblicas siempre tienen que ver con hechos. Afrontando incluso el riesgo de parecer pesados, debemos insistir: el mensaje de las Escrituras hebreocristianas no está compuesto de reflexiones de unos hombres que hubieran hallado a Dios. Se trata fundamentalmente de una Revelación. Dios ha hablado. Y es a partir de aquí, de esta Palabra divina, como nos sentimos interpelados por Dios. La Biblia no es, pues, el resultado de los «descubrimientos» que sobre Dios pudieran haber hecho algunas almas excepcionalmente piadosas y dotadas para el misticismo, sino el relato de un proceso de autorrevelación que Dios ha querido hacer llegar hasta nosotros para nuestra iluminación y nuestra salvación. De ahí que la Biblia se ocupe más de hechos y de personas que de escuelas o sistemas.

Hemos aludido, con énfasis, a los hechos en que se basa nuestra afirmación cristiana. ¿Qué nos dice la Escritura acerca de ellos?

Por lo menos son cuatro las realidades que hemos de considerar; en especial, si lo hacemos a la luz de la Revelación bíblica:

A) El hecho necrológico: la muerte. ¿Hay algo que sobrevive a la misma?

B) El hecho antropológico: el hombre que muere. ¿Quién es ese hombre? ¿Qué sobrevive de él, si es que sobrevive algo?

C) El hecho escatológico: ¿Cuál es la esperanza cristiana, la inmortalidad del alma o la resurrección de los muertos? ¿O ambas cosas?...

D) El hecho pneumático (o espiritual): El Espíritu Santo, como «primicias» y «arras» de nuestra herencia; poder vivificante que transformará nuestros cuerpos en soma pneumatikon (cuerpo espiritual), según la expresión original de I.^a Cor. 15:44.

CUESTIONARIO;

1. El «¿quién sabe...?» de Eclesiastés 3:21 ¿es la pregunta de un escéptico? — 2. ¿Qué ponen de manifiesto las preguntas que plantea el Eclesiastés? — 3. ¿Qué era para Israel lo primero y fundamental, hablar de Dios o escuchar a Dios? — 4. ¿En qué se apoya la fe de Israel acerca del retorno de los difuntos a la vida? — 5. ¿En qué se diferencia la Revelación bíblica de una Religión cualquiera? — 6. ¿De qué se ocupa con preferencia la Biblia, de hechos o de sistemas? 7. ¿Cuáles son los hechos en que se basa nuestra afirmación cristiana acerca del más allá?

Notas:

1. La cita es de la Biblia de Jerusalem. Véase 12:7, donde leemos: vuelve el polvo a la tierra, a lo que era. y el espíritu vuelve a Dios, que es quien lo dio» (V. también 9:10 acerca del sheol, y 3:17; 11:9; 12:14, sobre el juicio divino en otro lugar distinto de esta tierra (debajo del soh). Eclesiastés 3:21 no dice que el aliento de vida* perezca, sino

que nadie puede saber por si mismo qué es lo que ocurre con él. después de la separación del cuerpo.

2. En 100 españoles y Dios. de J. M. Gironella (Barcelona. Ed. Nauta, 1969), p. 383.
3. R. Martin-Achard. De la muerte a la resurrección, pp. 235-236.